

XVI

13 Y 18 DE JULIO

A poco de escribir estas líneas que se acaban de leer, me fui apresuradamente hácia la casa de campo de S. A. el príncipe de Montfort, donde debia comer en familia con él y los príncipes Gerónimo y Napoleon, sus dos hijos, que hacia algunos meses habian dejado la corte de su tío el rey de Wurtemberg para ir á pasar un año con su padre.

Habia tenido el honor de ser presentado á ellos tan pronto como llegaron.

No me atrevo á creer que una simpatía recíproca nos aproximaba al príncipe Napoleon y á mí; me contentaré con decir que apreciaba en él cualidades extraordi-

narias en un hombre que todavía no ha cumplido los veinte años. Esas cualidades son, una inteligencia profunda y exacta, una imaginación poética y elevada, una educación liberal y estensa, en fin, un estudio singularmente exacto del estado actual de Europa.

Además, es uno de esos hombres á quienes la caída de una alta posición no arrastrará jamás consigo. Allivo con el nombre que lleva, no le hace preceder de ningún otro título: se llama Napoleon Bonaparte únicamente, y no se adorna con ninguna cruz, ninguna placa, porque no puede adornarse con la legión de honor.

A menudo sobre la plataforma que se extiende delante de la casa del príncipe de Montfort y al pie de la cual Florencia ostenta sus antiguos monumentos republicanos, nos hemos sonreído juntos de esas grandes vicisitudes de la fortuna, que cambia el destino de las ciudades en un siglo y el de los hombres en un día. Muchas veces habíamos hablado del estado actual de la Francia, sin que jamás un recuerdo amargo contra ella ni una reconvencción contra el pueblo haya vuelto sombría la tranquila y serena fisonomía de este noble jóven.

Era para mí, pues, una fiesta el comer en intimidad con su padre, su hermano y él.

Ví de lejos á los dos hermanos que me esperaban en la escalera: me apeé del carruaje de un salto y corri hácia ellos. Tenia yo el corazón tranquilo y contento: los dos me tendieron á la vez sus manos con una expresión de tristeza y de inquietud que me alarmó.

— ¿Qué teneis, señores? les pregunté riendo.

— Tenemos, me respondió el príncipe Napoleon, que estamos desconsolados de veros tan alegres.

— Sabeis, mi príncipe, que tengo gran placer en veros; por consecuencia mi alegría cuando tengo el ho-

nor de venir á vuestra casa no tiene nada que os deba admirar.

— No; pero eso prueba que no sabéis una noticia terrible, que mi hermano y yo hubiéramos querido supierais por otros y no por nosotros.

— Cual, ¡Dios mio! espero que no os sea personal, monseñor.

— No, mas acabais de perder una de las personas que mas quereis en el mundo.

Dos ideas se presentaron simultáneamente á mi imaginacion : — Mis hijos. — El príncipe real.

No podian ser mis hijos : si algun accidente les hubiese sucedido, se me hubiese comunicado desde luego y antes que á nadie.

— ¿El duque de Orleans? pregunté con ansiedad.

— Se ha matado cayendo del carruage, me respondió el príncipe Gerónimo.

Debí ponerme muy pálido; vacilé, me apoyé sobre el príncipe Napoleon llevando mis manos á los ojos.

Como habian creído los dos, el golpe habia sido profundo y terrible.

El príncipe Napoleon comprendió todo lo que yo sufría.

— ¡Dios mio! me dijo, no os dejéis abatir así todavía; la noticia aun no es oficial y acaso sea falsa.

— ¡Oh! monseñor, cuando se esparce un rumor semejante sobre un príncipe como el duque de Orleans, ¡ay! se puede estar seguro de la muerte, el rumor es siempre cierto.

Tendí de nuevo la mano á los dos sobrinos del emperador que acababan con lágrimas en los ojos de anunciarme la muerte del primerogénito de Luis Felipe, y uí á llorar con toda comodidad á un lugar apartado del jardín.

¡Muerto! ¡qué terrible reunion de letras! Siempre : ¡pero en ciertos casos cuánto mas terrible todavía! ¡Muerto á los treinta y un años, muerto tan jóven, tan bello, tan noble, tan grande, tan lleno de porvenir! ¡Muerto, cuando se llama uno el duque de Orleans, cuando es uno príncipe real, cuando se va á ser rey de Francia!

— ¡Oh! ¡mi príncipe, mi pobre príncipe, dije yo en voz alta, y añadí en tono bajo con la voz de mi corazón... ¡Mi querido príncipe!

Mucho le amaban sin duda y el duelo general, el grito de dolor universal han probado ese amor; pero no le conocian como yo le habia conocido, pocos le amaban como yo le habia amado... Puedo decirlo muy alto.

¿Por qué escribo yo esto? ¿Por qué digo esto? no lo sé. El poeta es como la campana : á cada golpe que recibe, es preciso que vuelva un sonido; cada vez que el dolor le toca es preciso que arroje un lamento.

Era esa, pues, su plegaria.

El duque de Orleans habia muerto. Confieso que para mí todas las cosas acababan de caer por una sola palabra. No veía, no oía nada; únicamente los latidos de mi corazón me decían : ¡muerto! ¡muerto! ¡muerto!

Fuí á buscar al príncipe Napoleon. — ¿Pero cuándo? ¿Qué día? ¿De qué modo? le pregunté.

— El 13 de Julio, á las cuatro de la tarde, cayendo del carruage.

Me volví al sitio que acababa de dejar.

¡El 13 de Julio! ¿Qué habia hecho yo aquel día? ¿Qué presentimiento habia yo tenido? ¿Qué voz habia venido á murmurar á mi oído el anuncio de aquella gran desgracia? No me acordaba de nada; no, aquel día habia pasado como los otros días, mas alegremente, ¿qué sé yo? Aquel día, mientras él espiraba, ¡Dios mio! acaso

reía yo; aquel día, de seguro, había yo ido al paseo, al teatro, á algun baile como los demás días.

¡Oh! es una de las grandes tristezas de nuestra humanidad, esta corta vida que se limita al horizonte, esta imaginación sin presencia, este corazón sin instinto, todo esto llora, todo esto grita, todo esto se lamenta cuando se sabe lo que ha sucedido; pero todo esto no adivina nada de lo que sucede.

¡Qué pobres ciegos y qué pobres sordos somos!

Sin embargo, á fuerza de investigar de mis días pasados, hé aquí lo que hallé: era bastante extraño; habíamos marchado el 27 de Junio el príncipe Napoleón y yo de Liorna; íbamos á visitar la isla de Elba; no íbamos más que los dos y un criado, y aunque teníamos que caminar sesenta millas no habíamos tomado sino un barco de cuatro remeros.

Este barco por una singular coincidencia se llamaba *el duque de Reichstadt*.

Visitamos la isla con todos sus detalles y en medio de una continua ovación. Napoleón es un Dios para los elbanos. Hizo por ellos durante los nueve meses que fué su soberano lo que Dios no ha pensado hacer desde el día en que sacó su isla del fondo de la mar.

Así el príncipe Napoleón, vivo retrato de su tío, fué rebibido con adoración por la población entera. El gobernador puso á su disposición sus carruages, sus caballos, y sitios de caza. Cazadores los dos, aceptamos con gran placer la última de sus ofertas, y á la mañana siguiente de nuestra llegada, partimos para Pianosa, pequeña isla á la que su escasa elevación sobre el nivel del mar ha dado este nombre característico.

Más tarde diré, cuando refiera esta parte de mis viajes, que encanto tan poderoso tuvo para mí aquella corta excursión, en íntima compañía con el sobrino del

emperador, en aquel país lleno de tradiciones vivas, dejadas á cada paso por el terrible desterrado.

Una escuadra divisamos en el horizonte: contamos nueve velas. Del asta de uno de los navios pendía una bandera tricolor.... Era una escuadra francesa.

Llegamos á la Pianosa y nos pusimos á cazar. A nuestra vuelta hallamos dos pobres pescadores, que nos aguardaban. Lo que nos querían estos pobres pecadores, se va á saber por la carta siguiente:

« MAGESTAD,

« Cuando yo me presente á la puerta del cielo, y se me pregunté en qué me apoyo para entrar en él, responderé.

» No pudiendo hallar el bien yo mismo, se lo he indicado á la reina de Francia, y siempre el bien que no he podido hacer, pobre y miserable como soy, la reina de Francia lo ha hecho.

» Dejarme, pues, señora, daros gracias, lo primero pasando por esta pobre Romanía que habeis hecho vuestra hija, y que rogaré toda su vida, no por vos, porque á vos es á quien tocar rogar por los demás, sino por aquellos á que os son tan queridos.

» Uno de estos pasaba el 28 de Junio último, costeano la isla de Elba, conduciendo una magnífica escuadra que iba donde el soplo del Señor le llevaba, de Occidente á Oriente, me parece: era el tercero de vuestros hijos, señora; era el vencedor de San Juan de Ulloa, era el peregrino de Santa Elena; era el príncipe de Joinville.

» Yo estaba en una barquilla, perdido en la inmensidad, mirando á mi alrededor la mar, ese espejo del cielo, como el cielo es el espejo de Dios; luego, habiendo sabido que con aquella escuadra uno de vuestros hijos pasaba por el horizonte, pensé en vuestra magestad: me

dijo que era verdaderamente bendita entre todas las mujeres, la madre cuyo primer hijo se llama el duque de Orleans, cuyo segundo hijo se llama el duque de Nemours, cuyo tercer hijo se llama el príncipe de Joinville, y cuyo cuarto hijo se llama el duque de Aumale, jóvenes bellos y nobles, de los que cada uno puede añadir á su nombre un título de victoria.

» Despues, pensando así, llegué á una pobre isleta cuyo nombre es sin duda desconocido á vuestra magestad, y que se llama la isla de la Pianosa. Dios ha querido que seais bendita en este pobre rincon de la tierra, señora, y os voy á decir cómo.

» Habia allí, en aquella isleta desconocida, dos pobres pescadores que se desesperaban; la escuadra francesa al pasar, acababa de arrastrar con ella sus redes, es decir, su única fortuna, es decir, la única esperanza de su familia.

» Supieron que yo era francés: vinieron á mí; me contaron su desgracia; me dijeron que estaban arruinados, que no tenían mas recurso que mendigar para vivir.

» Entonces les pregunté si conocian una reina que se llamaba María Amalia.

» Me respondieron que era una de sus compatriotas, y que habian oído hablar de ella como de una santa.

» Entonces les hice escribir la adjunta solicitud, á la que los gobernadores de la isla de Elba y de la Pianosa añadieron un certificado con todos los caracteres de la legalidad, y les dije que esperasen.

» En efecto, señora, sereis bastante buena, estoy seguro, para remitir á Mr. el almirante Duperre, lo solicitado por estas pobres gentes. Recomendada por vos, esta demanda tendrá el resultado que debe tener.

» Y yo seré feliz y estaré orgulloso, señora, de haber

sido todavía una vez el intermediario entre el desgraciado y vuestra magestad.»

¡Pues bien! ¡el día en que murió el duque de Orleans, á la hora en que murió el duque de Orleans, escribia yo esta carta á su madre!!!...

Al punto que concluyó la comida, pedí al rey Gerónimo el permiso de retirarme; tenia necesidad de recordar detalles: despues confirmada la fatal nueva, de encerrarme solo conmigo mismo. Mis recuerdos, era todo lo que me quedaba del príncipe que me habia amado: me apresuré á recogerlos y encontrarme con ellos.

El príncipe Napoleon quiso acompañarme. Mandamos al cochero nos condujese á las Cachinas. Las Cachinas son á las seis en el verano, el sitio de cita de toda Florencia. Los agregados á la embajada francesa estarian allí, sin duda alguna. Sabriamos algo de oficial.

Efectivamente, allí nos fué todo confirmado. ¿Cómo cinco días despues del suceso era ya sabido, cuando necesita ocho días la posta para recorrer la distancia que existe entre Florencia y París? Voy á decirlo.

El telégrafo habia trasmido la noticia hasta Pon-de-Beauvoisin. Allí el comandante de carabineros del rey Carlos Alberto, juzgando el hecho de bastante importancia para transmitirle sin retraso á su gobierno, habia enviado á uno de sus hombres en posta, y de puesto en puesto, la noticia habia atravesado los Alpes, descendido á Turin, y llegado por fin á Génova. *La Gaceta de Génova* la copió tal como el telégrafo la habia dado sin comentarios, sin esplicaciones, pero en su parte oficial; no podia ya quedar dudar sobre ella, ninguna esperanza podia conservar.

La sensacion era profunda. Tal es el extraño poder de la popularidad, de aquel amor oculto, lleno de ternura y de esperanza que la Francia tenia al príncipe real, con

que le habia acompañado en sus viages pacíficos en Europa, en sus campañas guerreras en Africa; con el cual, en fin, le acogia á su vuelta, se habia esparcido en el exterior, se habia extendido al extranjero, y aquel dia acaso se manifestaba á la vez en Alemania, Italia, Inglaterra y España por una simpatía universal.

Se hubiese dicho que aquel pobre príncipe que acababa de morir era no solo la esperanza de la Francia sino aun el Mesias del mundo.

Al presente todo habia acabado. Las miradas que le seguian con la ansiedad del que espera estaban fijas sobre un féretro.

El mundo habia tenido alguna vez el duelo del pasado; ahora llevaba el duelo del porvenir.

Dejé á los transeuntes perderse en conjeturas. ¿Qué me importaban los detalles?: ¡la catástrofe era cierta!

Entré en mi casa y volví á encontrar sobre mi escritorio aquella carta dirigida á la reina, que no debia ir sino por el correo de la embajada; es decir, al siguiente dia 19; aquella carta en que yo la decia que era dichosa entre todas las madres.

Vací un instante en añadir una desgracia estraña y secundaria, una desgracia de familia, profunda, suprema, irreparable; pero conocia á la reina: proponerla una buena obra era ofrecerla un consuelo. Unicamente en lugar de dirigirla la carta, la dirigí á monseñor el duque de Aumale.

Lo que le escribí no lo sé; son de esas páginas de que no se conserva copia, de esas páginas en las que el corazón se desahoga y en que los ojos se inundan de lágrimas.

Es porque, despues del príncipe real, monseñor el duque de Aumale, era de los cuatro príncipes al que cono-

cia mas. Fui presentado á él en las carreras de Chantilly por el mismo príncipe real.

El príncipe real miraba con profunda ternura y tenia en alta estima el duque de Aumale. Bajo sus órdenes habia hecho el jóven coronel su aprendizaje de guerra; y cuando en el Cuello de Mouzaña habia recibido el bautismo de fuego, el príncipe real le habia servido de padrino.

Un dia, en una de esas largas conversaciones en las que hablábamos de todo, y en las que, cansado de ser príncipe, se convertia en hombre conmigo, el duque de Orleans me contó una de esas anedóctas del corazón á las que la narracion escrita priva de todo su encanto. Porque el príncipe ademas hablaba perfectamente; tenia la elocuencia de la conversacion, por decirlo así, en el mas alto grado. En fin, sabia interrumpirse para escuchar, cosa tan rara entre los hombres, que pasaba á ser maravillosa en un príncipe.

Habia en la voz del duque de Orleans, en su sonrisa, en su mirada, un encanto magnético que fascinaba. Jamás he encontrado en nadie, ni aun en la mujer mas seductora, nada que se pareciera á aquella mirada, á aquella sonrisa, ni á aquella voz.

En cualquiera disposicion del espíritu en que uno se acercase al príncipe, era imposible dejarle sin ser enteramente subyugado por él. ¿Era su espíritu, era su corazón el que seducia? Era su corazón y su espíritu, porque su espíritu casi siempre estaba en su corazón.

Dios sabe que no he dicho una palabra de esto durante su vida. Solo sí, cuando tenia un dolor me aproximaba á él; cuando tenia una alegría iba á su lado, y dolor ó alegría, él tomaba la mitad. Una parte de mi corazón está reservado en el féretro sobre el cual escribo estas líneas.

He aquí lo que me refería un día.

Estaba en las orillas de la Chiffa la víspera del día fijado para el paso del Cuello de Mouzaña. Había con respecto á él un tenaz empeño por nuestra parte y por los árabes. El príncipe real había enviado sucesivamente muchos ayudantes de campo portadores de diferentes órdenes: se hacía urgente una nueva orden, por lo mismo que el combate era cada vez más encarnizado: se volvió á su estado mayor y preguntó á quién le correspondía marchar.

— Amí, respondió el duque de Aumale adelantándose.

El príncipe dirigió la vista al campo de batalla, y vió á qué peligro iba á esponerse su hermano. En aquella época, como se recordará, tenía el duque de Aumale diez y ocho años escasos: hombre por su corazón era todavía un niño por la edad.

— Te engañas, de Aumale, no es á tí, dijo el duque de Orleans.

El duque de Aumale se sonrió: había comprendido la intención de su hermano.

— ¿Dónde es preciso ir, y qué es preciso hacer? respondió arreglando las bridas de su caballo.

El duque de Orleans dió un suspiro, pero conoció que no se comercia con el honor, y que el de los príncipes es más precioso todavía de conservar que el de los demás hombres.

Tendió la mano á su hermano, se la apretó fuertemente y le dió la orden que esperaba.

El duque de Aumale partió al galope, se perdió entre el humo y desapareció entre los combatientes.

El duque de Orleans le había seguido con los ojos en tanto que sus ojos pudieron seguirle: después quedó con la vista fija sobre el sitio en donde lo había perdido de vista.

Al cabo de un instante un caballo sin jinete volvió á aparecer. El duque de Orleans se estremeció de pies á cabeza; aquel caballo era del mismo pelo que el del duque de Aumale.

Una idea terrible asaltó su imaginación; que su hermano había sido muerto; ¡y muerto llevando una orden dada por él!

Se aseguró en la silla, mientras dos gruesas lágrimas resbalaban de sus ojos y corrían por sus mejillas.

— Monseñor, dijo una voz á su oído, *tiene una mantilla roja.*

El duque de Orleans respiró á su satisfacción. El caballo del duque de Aumale tenía *una mantilla azul.*

Se volvió y rodeó con sus brazos el cuello del que tan bien le había comprendido. El duque de Orleans me le nombró entonces. He olvidado su nombre. Sé perfectamente que es uno de sus ayudantes de campo, ó Bertin de Vaux, ó Chabot Latour, ó d'Elchingen.

Diez minutos después el duque de Aumale sano y salvo, después de haber cumplido su encargo con el valor y la serenidad de un veterano, estaba de vuelta al lado de su hermano.

Ya lo he dicho, esta historieta es bien pálida escrita por mí; referida por el mismo príncipe con su voz temblorosa, con sus ojos que no fingían, era una cosa adorable.

¡Oh! ¡si me hubiese sido permitido escribir aquella biografía tan corta, y sin embargo tan interesante! ¡Referir uno á uno, según han trascurrido delante de mí hace catorce años, esos días tan pronto sombríos, tan pronto serenos, tan pronto brillantes! Si de aquella existencia privada hubiese yo tenido el derecho de hacer una existencia pública, habría que arrodillarse

delante de su corazón tan bueno, tan puro y tan grande, como delante de un tabernáculo.

Se encontraban en él muchas cosas que había recibido de Dios. Sus virtudes empobrecían al cielo, Dios le ha vuelto á llevar á él con sus virtudes, y al presente es la tierra la que está viuda.

En catorce años, se comprende perfectamente, le he pedido alternativamente limosna para los pobres, la libertad para prisioneros, la vida para sentenciados á muerte, y ni una sola vez, ni siquiera una, ni una tan sola, me dió una negativa.

Así era todo para mí aquel personaje, á quien sin embargo no había pedido nada para mí (1).

Se acercaba á mí alguno por una cosa justa, cualquiera que fuese, reclamación ó súplica; antiguo camarada del campo de batalla ó joven compañero de colegio :

— Está bien, decía yo, la primera vez que vea al príncipe le hablaré de ello.

Y se conseguía al instante, lo repito, se conseguía si era una cosa justa

Es que el príncipe tenía justicia en su imaginación, como justicia en el corazón : era una mezcla de bueno y de grande. Sentía como Enrique IV, veía como Luis XIV.

Así al mismo tiempo que al duque de Aumale, escribía yo á la reina, mas no ¡libreme Dios! por intentar consolarla. La misma Biblia confiesa que no hay consuelo para una madre que pierde á su hijo. Raquel no

(1) Hay gentes que han dicho que Mr. el duque de Orleans me pasaba una *pension de 1,200 francos*..... para pagar el porte de mis cartas sin duda..... Imbéciles!

quiso ser consolada porque sus hijos no existían ya. *Et noluit consolari quia non sunt.*

Mi carta creo que tenía cuatro líneas. He aquí lo que en ella decía :

«Llorad, llorad, señora. La Francia entera llora con vos.

«Por lo que hace á mí, he experimentado dos crueles dolores en mi vida : el uno el día que perdí á mi madre; el otro el día en que habeis perdido á vuestro hijo. »

A la princesa real, á la duquesa de Orleans, á esta doble viuda de un marido y de un trono, me parece no escribí nada : me contenté con enviar esta plegaria para su hijo :

« ¡Oh padre mio que estás en los cielos! hacedme lo que vos érais en la tierra, y no pido otra cosa á Dios para mi gloria y para la felicidad de la Francia. »

Una palabra sobre el niño real y la augusta viuda.

El 2 de enero último iba á hacer mi visita de año nuevo al príncipe real. Después de algunos instantes de conversación :

— ¿Conoceis al conde de París? me preguntó.

— Si, monseñor, respondí; he tenido el honor de ver á S. A. ya dos veces. Y en qué ocasiones recordé al príncipe.

— No importa, me dijo, voy á buscarle para que le cumplimenteis.

Salió y volvió á entrar un instante después trayendo al niño de la mano : después, aproximándose á mí con aquella gravedad que era uno de los encantos de su familiaridad íntima.

— Dad la mano al señor, le dijo; es un amigo de papá, y papá, no tiene demasiados amigos.

— Os engañais, monseñor, le respondí. Enteramente al contrario de los otros príncipes reales, V. A. tiene amigos y nada de partido.

El duque de Orleans sonrió y á una señal de su padre, el conde de Paris me tendió su manita, que yo besé.

— ¿Qué deseais á mi hijo? me dijo entonces el príncipe.

— Que sea rey lo mas tarde posible, monseñor.

— Teneis razon, es un oficio ruin.

— No lo digo por eso, monseñor, repliqué, sino porque no puede ser rey sino á la muerte de V. A.

— ¡Oh! puedo yo morir ahora, dijo con esa espresion de melancolla que aparecia frecuentemente en su fisonomia y en su voz. Con la madre que tiene, será educado como si yo estuviese aquí.

Es un cuaterno que he ganado á la loteria, me dijo.

El hecho es que era imposible, á mi ver, tener á la vez mas respecto mas ternura, mas veneracion y mas confianza que la que el duque de Orleans tenia por la duquesa. Mas habia encontrado en ella una parte de las altas cualidades que tenia él mismo. Cuando hablaba de ellas y hablaba á menudo, su felicidad doméstica rebosaba de su corazon, como el agua rebosa de un vaso demasiado lleno.

Volvamos á Florencia.

En la misma tarde llevé las tres cartas de pésame á la embajada: encontré á Mr. Beltoc llorando; nada sabia todavía oficialmente; pero como la *Gaceta de Génova* es ordinariamente el periódico mejor informado de Italia, creia en la realidad de la noticia.

Volví, pues, á entrar en mi casa habiendo dado un paso mas en aquella horrible certeza.

Habia escrito á la reina que no habia experimentado mas que dos grandes dolores en mi vida: era verdad, y añadiré que aquel dolor que habia experimentado perdiendo á mi madre, el príncipe real lo habia participado tiernamente. He aquí como los nombres de esos dos seres amados de mi corazon, que al presente veo juntos al mirar al cielo, se hallaban unidos el uno al otro en mi memoria.

El 1.º de Agosto de 1838 se me anunció que mi madre acababa de ser atacada por la segunda vez de una apoplejía fulminante. La primera habia precedido tres días solamente á la representacion de Enrique III.

Corrí al arrabal de Roule donde vivia mi madre. Estaba sin conocimiento.

Sin embargo, á mis gritos, á mis lágrimas, á mis sollozos, y sobre todo, gracias á ese instinto del corazon, que no falta en una madre sino con la muerte, Dios permitió que abriese los ojos, que me mirase y que me reconociese.

Era todo lo que yo me atrevia á pedir entonces; pero concedia esta gracia, pedia un milagro, pedia su vida.

Si alguna vez ardientes plegarias y lágrimas de desesperacion salieron de la boca y brotaron de los ojos de un hijo sobre la frente de un moribundo, puedo decir, que son las que salieron de mi boca y brotaron de mis ojos sobre la frente de mi madre.

Esta vez pedia demasiado sin duda: Dios volvió la cabeza: el mal hizo de minuto en minuto visibles y terribles progresos.

Tenia necesidad de desahogar mi corazon. Cogí una pluma y escribí al príncipe real. ¿Por qué á él mejor que á otro? Es que le queria mas que á nadie.

Le escribí que junto al lecho de mi madre mori-

bunda, rogaba á Dios le conservase á su padre y á su madre.

Luego me volví á observar en aquel rostro querido los progresos de la agonía.

Una hora despues, un carruage que no habia yo oido, se detuvo á la puerta de la calle.

Oí una voz que decia :

— De parte del príncipe real.

Me volví, pasé á la habitacion inmediata, y ví al ayuda de cámara que tenia costumbre siempre de introducirme para ver al príncipe.

— S. A., me dijo, quiere saber noticias de madama Dumas.

— ¡Oh! mal, muy mal, sin esperanza; decidse lo, y dadle las gracias.

En lugar de marchar con esta repuesta, el ayuda de cámara quedó un momento inmóvil y vacilando.

— ¡Y bien! amigo mio, le pregunté: ¿qué hay?

— Hay, señor, lo que no sé si os deba decir; pero de seguro os incamodariais si no os lo dijese. Hay que el príncipe está aquí.

— ¿Dónde?

— A la puerta de la calle, en su carruage.

Corrí. La portezuela estaba abierta. Me tendió sus dos manos. Dejé caer mi cabeza sobre sus rodillas y lloré.

Habia creído que mi madre vivia conmigo en la calle de Rivoli. Habia subido mis cuatro pisos, y no habiéndome encontrado, me habia seguido hasta el estraviado arrabal de Roule.

Me decia aquello para escusar su tardanza ¡pobre príncipe, oh noble corazón!

No sé cuanto tiempo quedé allí. Todo lo que sé es, que la noche era bella y tranquila, y que por el cristal de la

otra portezuela veia á través de mis lágrimas brillar las estrellas del cielo.

Seis meses despues era él quien lloraba á su vez y yo quien le volvia la visita fúnebre que me habia hecho. La princesa María, muerta diseñando una tumba, habia ido á anunciarle al cielo.

Y hoy es él á quien lloramos.

¡Oh! cuando la muerte escoge, escoge bien.

Aquel primer gran dolor de mi vida acabo de referirlo.

Por lo demas, debo decirlo, ¡pobre príncipe! nadie menos que él contaba con el porvenir; se hubiese dicho que habia tenido desde niño alguna revelacion de su muerte próxima. Dudaba siempre de aquella alta fortuna á que todos le repetian estaba llamado.

Llegué yo á París algunos dias despues del atentado de Quenisset. Corrí al pabellon Marsan. Era de ordinario mi primera visita cuando llegaba, y la última cuando partía.

— ¡Ah! Estais aquí, viagero eterno, me dijo.

— Sí, monseñor: vengo espresamente para haceros presente mi sentimiento por la nueva tentativa de asesinato contra nuestro jóven coronel.

— ¡Ah! es verdad. ¡Y bien! replicó riendo, ya veis ia recompensa de los príncipes en el año de gracia de 1841.

— Pero á lo menos, respondí, V. A. debe estar tranquilo viendo el cuidado que pone la Providencia en que no os alcance esa recompensa.

— Sí, sí, murmuró el príncipe cogiendo maquinalmente un boton de mi frac, si la Providencia vela sobre nosotros, es indudable, pero, añadió arrojando un suspiro, es siempre muy triste, creedme, no vivir sino por milagro!

La Providencia se habia cansado.

A la mañana del día siguiente, recibí una carta de nuestro enviado.

Aquella carta contenía el despacho telegráfico que Mr. Belloc acababa de recibir.

«El príncipe real, hoy por la mañana á las once, ha tenido una caída del carruage: ha muerto esta tarde á las cuatro y media.»

13 de julio de 1842

No me quedaba otra cosa que hacer mas que partir de Florencia para asistir á sus funerales.

XVII

8 Y 4 DE AGOSTO

Examiné todos los piródicos que recibía en Florencia con el objeto de saber para qué época se habían fijado los funerales del príncipe real.

Estuve hasta el 26 de julio sin saber nada de positivo. El 26 leí en el *Journal des Débats* que el 3 de Agosto tendría lugar la ceremonia en Notre Dame y el 4 la inhumación en el panteón de Dreux.

Saqué mi pasaporte, y el 27 á las dos subí á bordo de un buque de vapor que salía para Génova.

A las nueve de la mañana siguiente, salté á tierra y corrí á la posta. Partía el correo y no teniendo asiento desocupado, envié por ella una carta al director de la posta de Lion.

Alquilé un carruage, y marché.

Viagé dia y noche, sin perder una hora, sin malgastar un segundo. Llegué á Lion el 1.º de Agosto á las tres de la tarde.

Fuí al momento á la casa de postas. Mi carta habia llegado á tiempo. Se me habia reservado un asiento: si no hubiera tenido aquel asiento, hubiera andado inútilte trescientas leguas; llegaba demasiado tarde.

Entonces fué cuando respiré.

A las tres de la mañana del dia siguiente, entré en Paris.

Me quedaba el temor de no poder hacerme con una esquila para la ceremonia. A las siete fuí presuroso á casa de Asseline.

Acaso no conoceréis á Asseline; pero le conocen los pobres y hablan todos los dias de él á Dios en sus oraciones.

Es uno de esos hombres que la Providencia coloca de tiempo en tiempo cerca de los buenos príncipes para hacerlos todavia mejores.

Habia salido ya; tambien estaba el pobre atribulado; hacia quince dias que no dormia y que apenas comia.

La primera cosa que ví fué el grabado de Calamatta; ese bello grabado del bellissimo cuadro de Mr. Ingres.

Habia yo visto el cuadro en el taller de nuestro gran pintor la víspera de mi partida. Hallé el grabado en el despacho de Asseline el dia de mi llegada. En el intérvalo, el alma que animaba esos ojos tan dulces, tan buenos, tan inteligentes, se habia estinguido.

Hay en Italia un proverbio que dice, ó mas bien una preocupacion que dice, que cuando manda uno hacer de retrato de cuerpo entero se muere en el año.

Habia yo preguntado, seis semanas antes, viendo el re-

trato de Mr. Ingres, por que el marco cortaba la pintura por mas abajo de las rodillas.

Se me habia respondido, no sé si esto es cierto, que la reina habia suplicado á su hijo que no hiciese su retrato de cuerpo entero, y que el príncipe sonriendo por aquellos temores maternales, habia accedido á esta suplica de la reina.

Este grabado estaba sobre un sofá. Me arrodillé delante del sofá.

Asseline entró. Nos arrojamos uno y otro en nuestros brazos. Me habia guardado una esquila de convite: yo no le habia escrito, pero habia comprendido que debia venir.

Ademas, suponiendo que yo no queria abandonar el cuerpo del príncipe sino á la puerta del panteon real, habia pedido para mí el permiso de seguirle á Dreux.

Entonces comenzaron las dolorosas preguntas y las tristes respuestas. Tan inesperada era la desgracia que no podia yo creer en ella, y me parecia ser victima de un sueño, del que el ruido de mis palabras iba á despertarme.

A las nueve fuí á Notre Dame. Las calles de Paris tenían un aspecto de tristeza como jamás las he visto. Ademas, para mí, cada señal de dolor era nueva, y hablaba muy alto á mi dolor. Aquellas banderas con sus crespones, aquellos pendones con sus cifras: Notre Dame toda entapizada, Notre Dame semejante á un inmenso féretro, encerrando la esperanza pública que acababa de morir, Notre Dame trasformada en capilla ardiente con sus treinta mil cirios que la convertian en un horno encendido: todas estas cosas que los parisienses veían hacia tiempo, ese espectáculo fúnebre al que estaban habituados hacia una semana, yo le veía por primera vez, y me hablaba mas alto que á nadie.

Desde la tribuna en que me hallaba, veía perfectamente el féretro: hubiera dado, no diré un capital, sino días, años de mi propia vida por arrodillarme delante de aquel catafalco, por besar aquel féretro, por cortar un pedazo del terciopelo que le cubría.

Un cañonazo anunció la llegada de los príncipes. Los cañones como las campanas son los intérpretes de las grandes alegrías, de los grandes dolores humanos: su voz de bronce es el idioma que se habla en las circunstancias que los reúnen, la tierra y el cielo, el hombre y Dios.

Los príncipes entraron. Esta vez la sensación fué profunda y conmovió á todo el mundo. El príncipe real era su alma: su celebridad emanaba de ellos. Así que estaban transidos de dolor; no habian pensado que podian dos veces perder á su padre.

La ceremonia fué larga, triste y solemne. Cuarenta mil personas reunidas en Notre Dame tenían tal silencio, que se oía hasta la nota mas suave del canto sagrado, hasta los mas débiles sonidos del órgano, en medio de los que, y de vez en cuando, se oía el estampido de un cañonazo. He visto pocos espectáculos que puedan dar tan exactamente una idea de una gran nación.

Después vino el responso; es decir, la mas poética ceremonia en las ceremonias mortuorias. Los príncipes se acercaron sucesivamente según su edad, al féretro fraternal rociándole con agua bendita y rogando por el alma del que tanto los había amado. Había algo de dolorosamente punzante en aquellas aproximaciones sucesivas y en la insistencia de aquellos cuatro jóvenes suplicando á Dios recibiese en su seno al que tan frecuentemente estrecharon en vida entre sus brazos.

Yo quedé de los últimos, esperaba poderme aproximar al ataúd: era imposible.

Todos los que lean estas líneas probablemente habrán perdido alguna persona que les fuese querida; pero si esa persona ha muerto lentamente entre sus brazos, si han podido seguir en su semblante los progresos de la agonía, si han podido recibir el último soplo del alma, que arrebatada por ese soplo sube al cielo, habrán sentido ciertamente por ella un dolor menos punzante, que si habiendo dejado á esa persona querida llena de salud, de fuerza y de porvenir, la encuentran, á la vuelta de un largo viage, encerrada en un sepulcro, que no solo no pueden abrir, sino ni aun aproximarse á él. ¿Cómo envidiaba yo la desesperación de los que, en aquella pobre casa del paseo de la Révolte, le habian visto espirar lentamente sobre sus dos colchones tendidos en tierra: que habian visto cerrarse sus ojos, que habian seguido su agonía! Aquellos habian podido coger un rizo de sus cabellos, cortar un pedazo de su frac, sacar un giron de su camisa (1)

Debíamos ir á Dreux en posta. Ibamos cuatro en el

(1) Al día siguiente de la publicación de este artículo, he recibido la carta siguiente.

• Señor:

• En los artículos que habeis publicado en el *Siècle*, manifestais el pesar de no poseer algun objeto que materialice á vuestros ojos y á vuestro pensamiento los últimos momentos de vuestro noble y desgraciado amigo el duque de Orleans.

• Mas dichoso que vos, poseo la almohada sobre la cual reclinó su moribunda cabeza, y que está todavía impregnada de su sangre. Me he negado completamente á dar de ella el todo ó parte, por no ceder á las exigencias de una simple curiosidad; pero á vos, señor, os la ofrezco toda entera. Seré bastante feliz, si puedo de ese modo hacer menos penosos vuestro dolor y vuestros sentimientos.

• En el caso probable de que hayais obtenido algo que hubiese dejado el príncipe, mirareis mi carta como no recibida.

mismo carruaje, tres amigos de colegio del príncipe y yo: Guilhem, el diputado; Fernando Leroi, secretario general de la prefectura de Burdeos; Bocher, bibliotecario del duque de Orleans. Los tres habian vivido en la intimidad del príncipe real, porque el príncipe real era fiel sobre todo á sus recuerdos de las aulas. Hacia apenas dos meses que habia yo, con la ayuda de Asseline, colocado con él uno de sus antiguos condiscípulos, que no tenia mas recomendacion para con el príncipe que sus recuerdos y una hoja de papel arrancada de su cuaderno de estudiante de tercer año.

La casualidad nos habia reunido: éramos los únicos que de fuera de la servidumbre del rey ó de la del príncipe, tuvimos el pensamiento de seguir el cuerpo hasta Dreux; éramos los forasteros en aquella ceremonia.

Así que nos fué preciso marchar temprano por temor de no hallar caballos, porque nosotros no teniamos órden para tomarlos.

Aquel sentimiento de que he hablado ya, se habia estendido mas allá de la capital. Por todas partes á nuestro paso encontrábamos el mismo aspecto triste y silencioso. Las grandes poblaciones estaban colgadas de negro, y los pueblos pequeños tenian crespones en sus banderas: en algunos sitios se elevaban arcos mortuorios y altares fúnebres, delante de los que tenia que detenerse el féretro del príncipe.

Las naciones tienen, pues, su duelo como los indivi-

* No tengo necesidad, así lo espero, por una esplicacion cualquiera, de preveniros contra el pensamiento de una burla que no seria nada menos á mis ojos, que un crimen ó un sacrificio.

* Creo agradeceréis, etc.

* CHARDON, doctor calle Richer, num. 32.

* Paris, 16 de noviembre. *

duos, triste á la vez como el de una madre que ha perdido á su hijo, y el de una familia que ha perdido á su padre.

Comparad á esto los tres últimos duelos reales que nuestros padres y nosotros hemos visto: comparad á esto los cantos alegres y las danzas insultantes que acompañaron el féretro de Luis XIV, las maldiciones al de Luis XV, y la indiferencia al de Luis XVIII.

Pero este es un gran mentis á los que nos llaman la nacion regicida. ¿Qué era el duque de Orleans sino nuestro rey en el porvenir? ¡Pobre príncipe! Qué milagro habia obrado! nos habia reconciliado con el trono.

Llegamos á Dreux por la noche, con gran dificultad encontramos una habitacion pequeña, donde nos vimos obligados á instalarnos los cuatro. Hacia nueve noches que no me habia acostado: me eché sobre un colchon y dormí algunas horas.

El tambor nos despertó: los guardias nacionales llegaban á miles, no solo de los pueblos y ciudades comarcanas, sino de los puntos mas distantes. Vimos llegar la guardia nacional de Vendome. Los valientes que la componian habian andado cuarenta leguas á pie, y abandonaban diez días sus negocios para asistir á aquella última revista que el príncipe real debia pasar.

Y sin embargo, no habia ni cruz ni balazos que ir á buscar; esos dos poderosos móviles que han incitado á la Francia á hacer tantas cosas.

Habia un ataúd que acompañar hasta el panteon, y nada mas. Es verdad que ese ataúd encerraba la esperanza de la Francia.

A medida que llegaban los guardias nacionales, se les colocaba en fila en el camino. A cada momento esta fila se estendia y se engrosaba: bien pronto cubrió mas de media legua de terreno.

Desde por la mañana nos habiamos asegurado de que

podíamos entrar en la iglesia. Como la iglesia de Dreux es una simple capilla de familia, apenas caben cincuenta ó sesenta personas. Había ido á ver al subprefecto é hizo la casualidad que este subprefecto fuese Marechal uno de mis antiguos amigos. Tambien él habia conocido personalmente al principe; no tuve, pues, que tratar con un dolor oficial sino con una grande y verdadera afliccion. Nos dijo que no le abandonásemos, y que de ese modo respondia de hacernos entrar.

En aquel momento se anunció que el cortejo fúnebre se descubria desde la ciudad. Desde entonces el telégrafo habia empezado á trabajar. Correspondia con el del ministro de lo Interior, que con la ayuda de ginetes se comunicaba á su vez con las Tullerias. En menos de un cuarto de hora la reina sabia todos los detalles de la ceremonia fúnebre; podia, pues, seguir su corazon el féretro querido que no habia podido seguir con los ojos; podia asistir en cierto modo á la misa mortuoria; podia arrodillada en su oratorio mezclar su oracion y sus lágrimas á las lágrimas y oraciones que corrian y se decian á veinte leguas de alli.

Así, pues, habia algo de triste y poético en el movimiento lento y misterioso de aquella máquina que á través del espacio llevaba á una madre llorosa las últimas nuevas de su hijo muerto, y que no se detenía sino para recibir su respuesta.

Ibamos con la comitiva delante del cuerpo. Todo el camino que el carro fúnebre debia recorrer, desde la posta hasta la capilla, estaba colgado de negro, y en cada casa ondeaba una bandera tricolor empavesada de luto.

Llegando al final de la calle, vimos que el carro se detenía: bajaron el corazon, que debia ser llevado á brazo, mientras que el cuerpo debia seguir llevado por seis caballos con gualdrapas negras. Miré al telégrafo;

el telégrafo anunciaba á la reina la dolorosa operacion que se ejecutaba en aquel momento.

¡Oh supremo bien de las lágrimas! ¡don celeste concedido por la misericordia infinita del Señor al hombre, el mismo día en que, en su misteriosa sabiduría, le enviaba el dolor!

Nos esperamos: el féretro se aproximó lentamente, precedido por la urna de bronce en la que estaba encerrado el corazon. Urna y féretro pasaron delante de nosotros; despues los ayudantes de campo del principe llevando el gran cordon, la espada y la corona; despues los cuatro principes con la cabeza descubierta, vestidos de gran uniforme y con capa de duelo: despues la servidumbre militar y civil del rey, en medio de la que se nos hizo seña de ocupar nuestro sitio.

Vi á Pasquier: estaba demudado, como si él fuera el cadáver,

¡Pobre Pasquier! Él era el que habia recibido la mas dura prueba. Despues de haber visto morir al principe en sus brazos, él es quien ha hecho la autopsia; es quien habia dividido en pedazos el cuerpo de aquel á quien por evitar un sufrimiento mientras vivia, hubiera sacrificado su propia vida.

¿Comprendeis un dolor mas grande que el del médico que junto al lecho de agonía de una persona querida, leyendo solo en el porvenir que Dios le reserva, y conociendo que no hay ya para ella esperanza, se ve obligado á contener las lágrimas en sus ojos, tener la sonrisa en sus labios para tranquilizar á un padre, á una madre, á una familia, y evitar la desesperacion; que disimula por virtud, y que conociendo la impotencia de su arte, se condena él mismo, para llenar el deber que le impone la ciencia, á atormentar, verdugo sensible, á aquel pobre moribundo, de quien, sin él acaso, seria al

menos la agonía dulce, y después de la muerte está condenado á ir con el escalpelo en la mano á buscar en lo interior del corazón, cuyas pulsaciones ha auscultado durante treinta años, las causas de aquella muerte y las huellas que ha dejado en él al pasar?

He aquí lo que había sufrido. Así, mirando atrás, no comprendía el valor que había tenido; temblaba solo de pensar lo que había hecho.

Una vez, hacía de esto tres años, se había temido por el príncipe. Algunos síntomas de tisis pulmonar habían alarmado á los amigos que le rodeaban. Nadie se había atrevido á prevenir al enfermo, á quien el trabajo grande de todos los días y las largas veladas de las noches podían empeorar su estado.

Entonces me había encargado yo de escribir al príncipe y le había escrito.

¡Por qué no serme posible publicar la carta en que me contestó en aquella ocasión!

La autopsia había probado que aquellos temores no solo eran exagerados, sino que también carecían de todo fundamento. Es verdad que Pasquier había contestado siempre que respondía con su cabeza de que no había nada que temer por aquel lado.

Gerca de él estaba Boismilon, bajo cuya dirección el príncipe real se había hecho grande. El maestro traspasado de dolor, seguía la fúnebre comitiva de su discípulo.

Hace hoy doce años, me dijo, que el príncipe entró en París á la cabeza de su regimiento, ¿recordais?

¡Sí, ciertamente, me acordaba. Me había apretado la mano al pasar, lleno de entusiasmo y de alegría con su uniforme de coronel de húsares.

Cuatro años después, recordándole que había llevado ese elegante uniforme, salvó, por ese recuerdo, la vida

á un soldado, del mismo regimiento sentenciado á muerte.

¡Ay! ¡el pobre soldado, resucitado, ni aun puede rogar hoy por el que le sacó de la tumba! La muerte no ha querido perderlo todo; estendió la mano tan cerca de él, que se ha vuelto loco.

El príncipe pagaba su pensión en un hospital de locos.

El soldado rebelde se llamaba Bruyant ¿lo recordais? había provocado un motin en Vendome.

¡Oh! Su grandeza y su riqueza eran, como dice Bonnet, una de esas fuentes que Dios eleva para esparcir el agua después.

Entraron el cuerpo en la iglesia de Chartres para hacer allí alto un instante. El telégrafo anunció á la reina esta estación mortuoria. La tierna ceremonia del responso volvió á comenzar, y después continuó la marcha. Al salir de la iglesia hubo un momento de embarazo y me encontré entre la urna de bronce que contenía el corazón y el ataúd de plomo que encerraba el cadáver.

Los dos me tropezaron al pasar. Se hubiera dicho que corazón y cadáver querían darme un último adiós. Creí que iba á desmayarme.

La urna volvió á tornar á la cabeza del cortejo; se volvió á colocar el féretro sobre el carruaje, y se continuó avanzando por un camino circular que va subiendo en rampa por los llanos de la montaña, en cuya cima se eleva la capilla mortuoria.

Llegados á la plataforma, nos hallamos en frente de la iglesia. Bajo el pórtico estaban el obispo de Chartres y su clero.

Al pie de las escaleras, solo y aguardando, estaba de pie un hombre vestido de negro, inundado en llanto, y apretando su pañuelo con sus dientes.

¡Aquel hombre era el rey!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

Era una cosa profundamente triste, triste aparte de todas las opiniones y de todos los partidos, ver al rey esperando al príncipe real, á aquel padre esperando el cuerpo de su hijo, aquel anciano esperando los restos de un hijo amado.

Habia llegado la vispera, desde la vispera habia intentado muchas veces trabajar para distraer su dolor, y en aquella misma mañana, el mariscal Sault habia entrado en su cámara con el despacho del día. Habia leído dos ó tres resoluciones, y echado dos ó tres firmas; despues habia arrojado lejos de él plumas y papel, y habia salido para ver el cuerpo de su hijo. Mas de media hora aguardó de pie y llorando, sobre el último escalon de la capilla.

Pasó la urna delante de él, despues el cuerpo, y por último, las insignias reales y guerreras. Los príncipes se detuvieron : se dejó un espacio entre ellos y el ayudante de campo que llevaba la corona; el rey se colocó en aquel espacio. Bajaron entonces el féretro, y el telégrafo anunció á la reina que el rey subia los escalones de la capilla, conduciendo el cuerpo de su primogénito.

¡Pobre reina! Volviendo de Palermo, la habia yo entregado un diseño representando la capilla en que este hijo habia sido bautizado.

Y el día de ese bautizo, la que le tenia en sus brazos como representando la ciudad de Palermo, su noble madrina, habia dicho volviéndole á su padre :

Acaso acabamos de bautizar un futuro rey le Francia.

Un mes antes ¿quien pudiera pensar que esta prediccion no se cumpliria?

El futuro rey de Francia entró en la capilla mortuoria.

Se verificó la ceremonia, mas dolorosa que ninguna otra. ¡ Aquella era la última, era la suprema estacion

que hacia el féretro entre el ruido y el silencio, entre la vida y la muerte, entre la tierra y la eternidad!

Vino despues el responso por último, el *De profundis*.

Se volvió en seguida á levantar el féretro, y en el mismo orden se comenzó á caminar hácia el panteon.

Tan solo en el espacio que separa el coro de la escalera oculta detrás del altar, se apoyó el rey sobre sus dos hijos mayores, el duque de Nemours y el príncipe de Joinville ; pero así que llegaron á la escalera, los tres desconsolados no pudieron bajar de frente, y se vió obligado el rey á apoyarse en su propia fuerza.

Habia ya dos féretros en el panteon : el de la duquesa de Penthièvre y el de la princesa Maria. Estaban colocados á la derecha é izquierda de la escalera. El sitio de en medio estaba reservado para el rey. Contra todo lo que se esperaba, era su hijo el que iba á ocuparle.

Mientras se depositaba el féretro del príncipe real sobre sus basas ya preparadas, el rey apoyó sus dos manos sobre el féretro de la princesa Maria.

Despues los sacerdotes recitaron el último canto y arrojaron por última vez agua bendita. En seguida de los prelados se acercó el rey, despues los príncipes, luego algunos privilegiados del duelo que habian conseguido acompañar el féretro hasta el lugar de su última estacion.

Se volvió á subir en el mismo orden; despues la puerta se cerró otra vez.

El príncipe estaria en adelante solo con el silencio y la oscuridad, esos dos fieles compañeros de la muerte.

Hacia precisamente cuatro años dia por día, hora por hora, que me habia yo puesto luto por mi madre.

INDICE

I. — La fiesta de San Juan en Florencia.	5
II. — El palacio Pitti.	41
III. — El Arno.	76
IV. — Visitas domiciliarias. — Casa de Alfieri. — Casas de Benvenuto Cellini. — Casa de Américo Ves- pucio. — Casa de Galileo. — Casa de Maquiav- velo. — Casa de Miguel Angel. — Casa de Dante. — La iglesia de Santa Croce.	94
V. — San Marcos.	155
VI. — San Lorenzo.	167
VII. — La galeria de los oficios en Florencia.	176
VIII. — La lujuria de sangre.	192
IX. — Hipólito y Diana.	205
X. — San Zanobbi.	220
XI. — San Juan Gualberto.	239
XII. — Careggi.	256
XIII. — Poggio á Cajano.	269
XIV. — Quarto	283
XV. — El hombrequito rojo.	304
XVI. — 13 y 18 de Julio.	328
XVII. — 3 y 4 de Agosto.	347

FIN DEL INDICE

